

ELPERISCOPIO

→ 2022), ganador de XIII Premio Málaga de Ensayo, Nuria Barrios cita a Emmanuel Horvilleur y abre el melón: “Durante largo tiempo, los textos de las tres religiones monoteístas han sido leídos, editados y comentados exclusivamente por hombres. Es legítimo preguntarse si sus metáforas y su lenguaje habrían sido diferentes si la lectura hubiese sido realizada por hombres y mujeres”. A este respecto, Barrios es contundente: “No existe la traducción neutra”. Sin embargo, “cuando se nos entrega una versión de algo que sabemos que no podemos conocer, o no sin un esfuerzo tremendo e improbable por nuestra parte, estamos más preparados para aceptar cómo nos llega, y a sentirnos apegados a la única forma bajo la cual podemos recibirlo”, escribe Kate Briggs en *Este pequeño arte* (Jekyll & Jill, 2020).

A quién elegimos traducir “es una cuestión política”, defienden desde el proyecto colaborativo Antena en su *Manifiesto para la ultratraducción*. También lo es “cómo decidimos traducir”. Esta es una de las cuestiones que aborda Briggs, quien se sirve de las palabras de John Keene: “[...] Necesitamos que en Estados Unidos se publiquen más traducciones al inglés de obras literarias firmadas por autores negros diaspóricos no anglófonos [...]. También creo que deberíamos tener muchas más traducciones en general de obras fuera de lo europeo y de la esfera de los idiomas europeos, más traducciones de obras de mujeres, de persona LGBTQ, de escritores indígenas, de escritores de clase obrera y pobres, de escritores con discapacidades, etc.”. Y añade Briggs: “Llevar a cabo tamaña variedad de trabajo es, de por sí, toda una manera de hacer política”.

SI NO QUIERES COMETER ERRORES, NO TRADUZCAS

Dejando de lado las cuestiones políticas, hay todo un mundo de reflexión alrededor del oficio. Una de las preguntas recurrentes es determinar si existe la traducción perfecta. La respuesta es no. “Infidelidad”, “pérdida” o “imposibilidad” son conceptos habituales a los que se recurre para referirse al oficio de traducir. “No existe la traducción perfecta, como no existe la obra perfecta. Pero la traducción es posible: siempre se ha traducido”, explica Fruela Fernández, poeta, doctor en Traducción e Interpretación y profesor en la Universitat de les Illes Balears. “Cada obra está esperando a su traductor idóneo, pero no todas lo van a encontrar”, asegura parafraseando a Walter Benjamin.

Que ninguna traducción es perfecta lo confirma el paso del tiempo. La lengua es un ser vivo y cambia. Cada época traduce de manera distinta, en función de intereses,



Kate Briggs. FOTO CEDIDA POR LA EDITORIAL

modas, etc. “Hay traducciones que envejecen bien, pero cada generación tiene que volver a confrontar las obras”, dice Fernández. Para Rubén Martínez Giráldez –que acaba de traducir *La más recóndita memoria de los hombres*, de Mohamed Mbougar Sarr, *¿Dónde estás, Mathias?*, de Agota Kristof, y el último cómic de Catherine Meurisse–, “a una traducción que tenga unos 40 años... no le viene mal [una retraducción]”. Patricia Antón considera la traducción “un ser vivo que envejece”, por lo que nunca relee sus traducciones. La última que ha realizado es *Cantos de sirena*, de Charmian Clift (Gatopardo, 2021), una filigrana llena de matices y con una documentación exhaustiva que hacen que el texto funcione. No ha sido fácil. En primer lugar, por la imposibilidad de contactar con la autora, fallecida en 1969; en segundo, por su tono, registro y estilo. Antón asegura que a ella le resulta más complejo traducir no ficción que ficción por el corpus de documentación que lleva todo ensayo y porque parte de la premisa de que “cada libro es mundo y no sirve la experiencia anterior”.

Entonces, ¿qué hace que una traducción funcione? ¿Qué cualidades debe tener un buen traductor o traductora,

¿Cómo se selecciona lo que se traduce?

Blanca Cambronero es editora de Capitán Swing, una editorial que traduce entre el 80% y el 90% de lo que publica. Preguntada acerca de qué criterios usan para comprar los derechos de traducción de un libro, responde: “Traducimos una obra cuando el tema nos llama la atención, el autor/a tiene trayectoria y cuando lo que se cuenta encaja con la editorial”. Para traducir un libro también se tiene en cuenta —aunque no es el criterio prioritario, asegura Cambronero— la repercusión: “No publicamos nada sin leerlo, pero también nos guiamos por las reseñas de ciertos prescriptores o por los premios que recibe una obra. Eso sí, no cualquier premio: aquellos que proceden de jurados independientes y con trayectoria”. Las sinergias con editoriales afines también pueden promover la traducción de una obra.

además de un dominio exquisito de las lenguas en las que trabaja? Para Fruela Fernández, lo fundamental es que sienta afinidad con la obra que se traduce, “que haya empatía y que seas capaz de visualizar ese mundo”. Para Barrios, el secreto de una buena traducción está en la intuición. Etgar Keret decía que los traductores debían ser ninjas: “Si los notas, no son buenos”.

UN OFICIO TAN NECESARIO COMO PRECARIO

No se entiende el mundo sin las traducciones. Sin embargo, la precariedad está inscrita en su ADN. Tarifas congeladas desde hace años, plazos de entrega apresurados o la “nula voluntad de reconocer la importancia de esta labor más allá que de boquilla”, dice Martínez Giraldez. “Es un oficio tremendamente mal pagado. Habría que poner remedio a eso ya, pero en este país ¿a quién le importa que una frase esté escrita correctamente?”, se pregunta. También Fernández y Antón aseguran que las tarifas están estancadas y que eso es señal de la mala salud del oficio. “En algunos casos han bajado con la excusa de la crisis y la pandemia”, dice Antón.

Barrios es clara: “(...) a pesar de su complejidad, la traducción se desarrolla en la sombra, no goza de reconocimiento ni prestigio y ni siquiera está bien pagada”. Y añade: “La posición de la traductora es delicada: cuando su trabajo es excelente, brilla el autor, pero cuando el

trabajo del autor es mediocre o malo, se responsabiliza a la traducción”.

En 2021, Jennifer Croft, ganadora del International Booker Prize por la traducción de *Los errantes*, de Tokarczuk, anunció que no traduciría ningún libro que no llevase su nombre en la portada. “Ha habido cambios positivos en la forma en que se paga y se percibe a los traductores. Por ejemplo, el International Booker, que desde 2016 ha repartido la generosa suma de 50.000 libras entre el autor y el traductor, reconoce así la obra como una entidad fundamentalmente colaborativa [...]”, escribía en *The Guardian*. Sin embargo, “desde el lanzamiento del premio, rediseñado en 2016, ninguna de las seis obras de ficción ganadoras ha mostrado el nombre del traductor en la portada”, agregaba Croft.

George Steiner ya lo dijo: “Poseemos civilización porque hemos aprendido a traducir más allá del tiempo”. Quizás sea el momento de dar un golpe sobre la mesa y, como lectoras, exigir las condiciones que estos titanes de la lengua merecen. ●

La Impostora, elogio a la plasticidad

Dice Barrios que eligió el título *La Impostora* para su ensayo porque lo que hace una traductora es impostar: “hacer pasar por suya la voz de otro”. También porque “impostar tiene una connotación de existencia que me parece interesante. Al final, todos somos impostores; es nuestra condición existencial”. La identidad es un juego de máscaras, “un elogio a la plasticidad”, añade.

En *La Impostora*, Barrios, escritora antes que traductora, habla sobre la angustia de las primeras páginas y sobre el tránsito de la escritura propia a la escritura de otros. “La traducción me enfrenta a mis limitaciones como escritora. Me obliga a ampliar mi ámbito de trabajo para explorar zonas donde nunca me adentraría”. La traducción la obliga, además, a salir de su “microcosmos creativo”, porque la obliga a entrar en una forma de escribir que no es la suya.